INDICE

Introducción	Pág. 2
Emma Goldman. Breves pinceladas sobre su vida	Pág. 5
El sufragio femenino por Emma Goldman	Pág. 18
Para finalizar…	Pág. 36



Introducción

El sufragismo. Como lo llamó Emma Goldman, el gran fetiche de las mujeres. Fetiche, como lo es ahora el deseo de las mujeres de verse "representadas" en los gobiernos de los estados, que disfrazados de políticas de igualdad, perpetúan los grandes sistemas de poder patriarcal y capitalista. Fetiche, hasta el punto de que la historiografía caracterizó y sigue caracterizando toda una época de lucha de las mujeres por su emancipación (lo que denominan Primera Ola) con este hecho.

Inglaterra no instauró el voto de las mujeres movida por un deseo de igualdad y justicia sino por cuestiones estratégicas y políticas, ya que el movimiento sufragista apoyó al gobierno inglés durante la Gran Guerra (el mismo que las encarcelaba y torturaba años antes cuando salían a la calle) "a cambio" de la posterior instauración del sufragio.

Curioso fetiche el voto femenino, ya que el movimiento que por él luchaba era encabezado por mujeres de clases más bien altas (salvo alguna rara excepción) que tuvieron el tiempo libre y el dinero para reivindicar la posibilidad de ser tan opresoras como los hombres de gobierno. Las tareas domésticas y cuidado de lxs hijxs, el ámbito doméstico, ese eslabón capitalista siempre silenciado y siempre reservado a las mujeres como una maldición, las realizaban en las casas de las sufragistas las sirvientas y niñeras, mujeres asalariadas por el capital y el patriarcado que sentían el peso y la responsabilidad de ser como madres de niñxs que no eran de ellas y amas de casas que no eran suyas, a cambio de un salario o una manutención. Su tiempo, robado por quienes se creían en el derecho para ello.

Mientras las mujeres ricas querían votar, sin cuestionar ni atacar realmente las raíces de sus opresiones ni las del resto de mujeres, las olvidadas de las periferias se organizaban y hablaban de trabajo, de capital, de maridos y de gobiernos como elementos perpetuadores de sus opresiones como mujeres y como personas. Y reivindicaron y

consiguieron cuestiones que no pudieron ser conseguidas mediante las urnas, sino mediante las acciones directas, la organización sindical y la realización de huelgas y todo un trabajo de fondo que consistía en una sororidad y un compañerismo puro entre hermanas de clase.

A su vez, el sufragismo consiguió ser una lucha interclasista y por eso jamás llegaría ni llegará a lograr una real emancipación de la mujer, como el antifascismo interclasista jamás acabará con las opresiones capitalistas que precisamente son el caldo de cultivo para los fascismos.

Quisiera puntualizar, finalmente, que la participación de las mujeres en política y en el resto de espacios reservados entonces para los hombres, era fundamental entonces y lo sigue siendo ahora. No obstante, no debemos creer que eso es sinónimo de sufragismo y sinónimo de participación en gobiernos, ya sea ocupando asiento o votando. De hecho, las mujeres excluidas de la historia y de su propio movimiento emancipador (las obreras, migrantes, etc.), supieron demostrarlo ya en los siglos XIX y XX ajustando sus luchas y estrategias a lo que realmente eran sus necesidades. Muchas comprendieron que los gobiernos jamás las emanciparán, que tenían que ser ellas, unidas, desde sus casas, desde sus lugares de trabajo, desde las iglesias y desde las malditas fronteras. Y fueron repudiadas una y otra vez de los espacios de lucha desde abajo. E irrumpieron y volvieron a irrumpir y pelearon una y otra vez en los espacios. ¡Que nos parta un rayo si eso no es irrupción de la mujer en la política y en los espacios masculinos!

Pero eso nunca se dice. Ya es el momento de reescribir la historia y ya es el momento de abandonar los fetiches que lo único que han hecho ha sido adaptar nuestros yugos a cada momento histórico.

Es por este motivo por el que creemos necesario y útil recordar las perspectivas políticas de mujeres del pasado, que se encargaron de reflexionar, luchar y teorizar desde la anarquía o desde posiciones periféricas, es decir, aquellas posiciones no hegemónicas que quedaron en el olvido por los libros de texto, en las escuelas y en la mayoría de los estudios académicos, siempre destinados a mantener el dominio del

sistema jerárquico al que pertenecen: el capitalista, hermanado con el patriarcado, el estado y las religiones.

En este fanzine recogemos, concretamente, las palabras de Emma Goldman, anarquista fundamental de principios del siglo XX, sobre el sufragio femenino. ¿Es un tema anacrónico? ¿Es lo mismo el sufragio y la participación de las mujeres en la política autoritaria estatal, que irrupción de las mismas en los espacios de hombres (los espacios políticos, sobre todo)? ¿Cuál es la visión de las anarquistas sobre la participación de las mujeres en las políticas estatales? En este fanzine reflexionaremos en torno a todas estas cuestiones, con la intención de aportar una perspectiva de género al pensamiento anarquista, y con la de hacer pensar a las mujeres que lo lean sobre cómo los estados vertebran todas las relaciones de poder que las subyugan. Recuperar nuestra historia, teorizar desde las calles, emanciparnos y construir el mundo nuevo es tarea nuestra y solamente nuestra.



¡Que viva el feminismo contra el estado, el capital y el patriarcado!

Emma Goldman.

Breves pinceladas sobre su vida[1].



Emma Goldman nació en 1869 en Kovno, Lituania (entonces parte del Imperio Ruso), en el seno de una familia judía que regentaba un mesón en la ciudad de Popelan.

Las raíces del radicalismo de Goldman aparecieron a una edad temprana, motivadas por su padre tirano, la explotación de lxs trabajadorxs del mesón por parte de sus padres, la opresión de lxs campesinxs locales a manos del Estado, la violencia hacia la población judía, y el autoritarismo de la escuela primaria. Se rebelaría de niña contra la familia y contra la escuela, con las subsiguientes represalias. Leyó y admiró secretamente a los jóvenes revolucionarios rusos. A los 16 años ya había trabajado varios años en una fábrica de guantes y corsés, así como había tenido su primera experiencia sexual. Vivencias, ambas, que

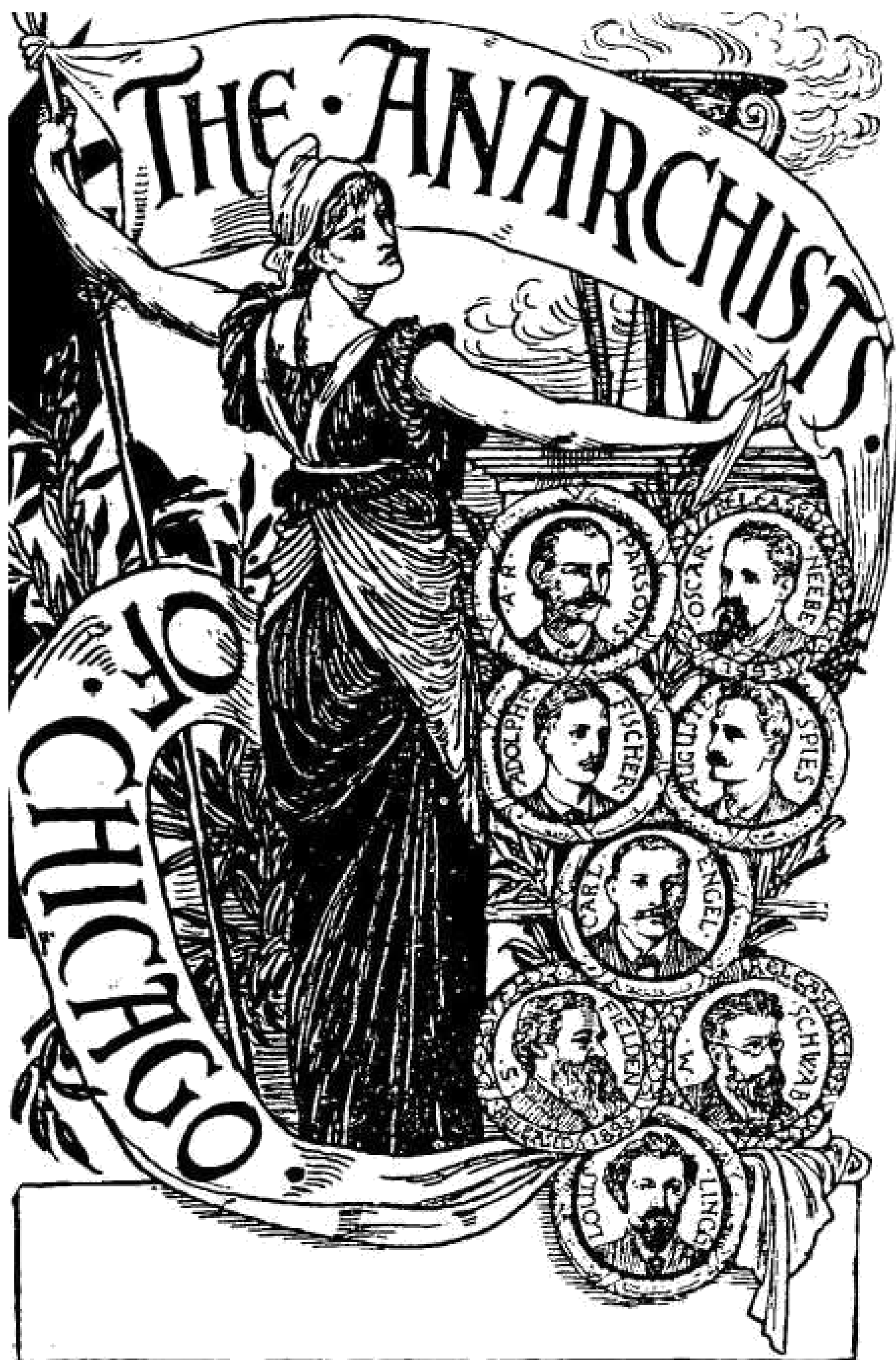
---

[1] Los datos biográficos recogidos en este fanzine han sido extraídos de GOLDMAN, E. (2012): *Visión en llamas. Emma Goldman sobre la Revolución Española*, España, El Viejo Topo., del que también se podrá leer más detenidamente sobre sus percepciones, su lucha y su colaboración con la Revolución Española.

no fueron para ella sino una simple repetición del autoritarismo masculino y de los abusos sufridos anteriormente en otros contextos.

Anhelando escapar de aquella atmósfera, emigró a EEUU en 1885 en compañía de su hermana, instalándose en Rochester, Nueva York. Como otros inmigrantes, pronto descubrió la realidad que había tras la fachada del sueño americano. La disciplina de su trabajo en la industria textil era incluso más estricta que en San Petersburgo. Además, pronto su familia cruzaría el charco y se instaló en Rochester con ella y sus hermanas: una vez más, Emma se sintió asfixiada por la vida familiar. Desesperada por escapar, se casó con un compañero de trabajo que era inmigrante, como ella.

Por aquel entonces, Goldman empezó a leer las noticias que se publicaban en los periódicos y a asistir a conferencias sobre el movimiento socialista en Estados Unidos. Especialmente absorbentes para ella fueron los detalles del incidente de Hymarket Square en Chicago (que dieron lugar al 1º de mayo como Día Internacional de los Trabajadores) y el posterior proceso judicial contra ocho anarquistas, los "mártires de Chicago", cinco de los cuales fueron condenados a muerte, y tres fueron recluidos, aun siendo todos inocentes. Goldman amalgamó su frustración política y personal y su ira en un todo que ya nunca iba a romperse. Poco después tomó la decisión de instalarse por su cuenta en New Haven y después en Nueva York, abandonando a su esposo y a su familia, y dejando atrás su vida de docilidad y conformidad política.


THE · ANARCHISTS ·
OF · CHICAGO ·
A. R. PARSONS
OSCAR NEEBE
ADOLPHE FISCHER
AUGUST SPIES
CARL ENGEL
S. FIELDEN
M. SCHWAB
LOUIS LINGG

A finales de 1889, Goldman participaba activamente en grupos de discusión, reuniones y manifestaciones anarquistas, en estrecha relación con el migrante alemán Johann Most, y el migrante ruso Alexander Berkman, quien se convirtió en su compañero. Los sucesos ocurridos en 1892, relacionados con la huelga en Homestead (Pensilvania), cuya tremenda represión llevó a Goldman, Berkman y su prima Feyda, a planear el asesinato de Henry Clay Frick, director de la empresa Carnegie de Homestead, contra la que se realizaba la huelga. Berkman era el encargado de cometer el asesinato, pero no llegó a matar a Frick, solo lo hirió gravemente, lo que le costó veintidós años de cárcel. Goldman se convirtió en uno de los focos más notorios de la prensa capitalista estadounidense, que utilizaba su figura para infundir miedo y terror sobre el anarquismo en la sociedad.

Para ella, el encarcelamiento de Berkman, la negativa opinión pública, de los obreros en huelga y de sus propios compañeros anarquistas, fueron golpes muy duros sobre su conciencia. Goldman se vio obligada a nuevos niveles de madurez, reafirmación personal y política y certeza, más allá de la apasionada rebeldía de la que ya había dado muestras. Durante los años que siguieron, Goldman se convirtió en una oradora y activista muy conocida y en la organizadora de varias campañas políticas. En solo unos meses, esta nueva fase de su activismo culminó con su detención por un discurso pronunciado en una manifestación en Union Square a favor de los parados. En octubre de 1839 fue condenada a un año de cárcel en la isla de Blackwell. Igual que en el caso de Berkman y de todos aquellos que estaban entre rejas, las condiciones intensamente opresivas de la cárcel pusieron a prueba su fortaleza personal. Pero al mismo tiempo, Emma dispuso ahora de un espacio para reflexionar más detenidamente sobre el pasado y el futuro de su propia actividad política. Dos elementos de aquella situación influyeron en la dirección que adoptaría posteriormente. Dicho por ella misma, "pudo aproximarse más a las profundidades y complejidades del alma humana" gracias a la cálida camaradería de muchas de sus compañeras de cárcel, por confusos, incoherentes y apolíticos que fueran sus puntos de vista. Al mismo tiempo, se vio sorprendida por el talante liberal de algunos de los carceleros y también por los de un visitante preocupado, John Swinton, que había sido un activista abolicionista en el

pasado y que ahora era el editor jefe del *New York Sun*. Dada la personalidad sensible empática y en constante evolución de Goldman, aquellos dos tipos de encuentro la llevaron a salir de la cárcel a hacer una nueva valoración de las posibilidades políticas.

Después de su liberación, Goldman se sumió una vez más en un torbellino de activismo político. Combinando las habilidades como enfermera aprendidas durante su estancia en la cárcel con su instinto social, inició entonces una nueva actividad práctica como enfermera privada. Dándose cuenta de la importancia que tenían para encontrar mejores empleos los certificados y el aprendizaje formal de nuevas habilidades, aceptó la oferta que le hizo su amiga Fedya de financiarle el viaje y los gastos para que fuese a estudiar a Viena. Sin embargo, antes de su llegada allí en otoño de 1895, pasó un mes en Gran Bretaña, donde conoció personalmente a muchos activistas locales y a personalidades importantes del movimiento anarquista internacional, como Errico Malatesta, Louise Michel y Piotr Kropotkin.

De regreso a Nueva York el verano siguiente, Goldman reanudó su activismo en el contexto de un movimiento americano revitalizado. Al mismo tiempo empezó su práctica profesional como enfermera y comadrona. Al año siguiente emprendió una gran cantidad de charlas y conferencias políticas por todo el país. Sus principales preocupaciones mientras visitaba ciudad tras ciudad fueron, así, oponerse a la guerra entre Estados Unidos y España; apoyar constantemente las luchas obreras locales y propugnar la plena igualdad para las mujeres y la emancipación sexual en general.

En 1899, aceptó la oferta que unos amigos del movimiento le habían ofrecido, para realizar estudios avanzados en medicina. Sin embargo, poco después, quienes subvencionaban su estudio en medicina se negaron a seguir ayudándola a menos que prometiera abandonar el activismo. Lógicamente, Goldman se negó. Durante su estancia en París, asistió a una reunión neomalthusiana para discutir el nuevo tema subversivo del control de la natalidad artificial. Dada su propia experiencia de primera mano como enfermera y comadrona de la desesperación que producían los embarazos no deseados, así como su

compromiso general con la emancipación femenina y sexual, decidió lanzar una campaña para el control de la natalidad en EEUU.

Sin embargo, sucedió un imprevisto que le cambió los planes. En 1901 se produjo el asesinato del presidente McKinley y a ello le siguió una salvaje represión. El asesino, Leon Czolgosz, era un joven de clase obrera recientemente atraído por la política radical después de la amarga experiencia de crecer en una familia de inmigrantes en Cleveland. Este joven fue ferviente seguidor de Goldman, y aunque se autocalificó de anarquista tras ser detenido, no había tenido tiempo en absoluto de empaparse profundamente del pensamiento anarquista ni de la camaradería. Sin embargo, Goldman vio en él el rebelde angustiado que había sido ella misma diez años antes. Junto a varios grupos de emigrantes franceses, españoles e italianos, y a un pequeño número de anarquistas americanos, Goldman fue uno de los pocos anarquistas del país que apeló públicamente a tener en cuenta el origen social y las motivaciones de Czolgosz (sin respaldar por ello la táctica política que había empleado). Ello le llevó a ser denunciada como chivo expiatorio, y se enfrentó a un enorme aislamiento por parte de muchos camaradas anarquistas.

En 1906 puso en marcha una nueva base de actividad, la que sería más duradera y sin duda más influyente que las anteriores. Con un puñado de colaboradores, creó en Nueva York una revista anarquista briosa e insólitamente regular, llamada *Mother Earth* [Madre Tierra]. Durante la década que siguió, Goldman escribió en ella sobre una amplia variedad de temas generales y de actualidad destinados a una aduciencia de unos 10.000 lectores. Fue la revista anarquista estadounidense más influyente de su época, y posiblemente de todos los tiempos hasta hoy. A Goldman le sirvió la revista para desarrolar una serie de iniciativas en pro del movimiento anarquista, desde manifestaciones políticas y la organización de una escuela libre, hasta la formación de una Liga contra el Servicio Militar Obligatorio en 1917. Mientras, sus constantes viajes y su trabajo periodístico alentaron a otros muchos en todo el país a emprender acciones similares a nivel local.



En medio de todo esto, Goldman entabló una apasionada y polémica relación con Ben Reitman de Chicago, relación que le influyó vigor, pero que la alejó de muchos camaradas. Emma participó en las campañas locales por la libertad de epresión lanzadas por la IWW [Industrial Workers of the World], y complementó finalmente los años que había dedicado a defender el

control de la natalidad promocionando métodos anticonceptivos específicos.

La intensidad de este período fue enorme. Para Goldman y para muchos anarquistas, fue realmente este constante activismo multidimensional lo que le produjo más satisfacciones. Sin embargo, estuvo expuesta a numerosos peligros. Detenida en numerosas ocasiones y casi linchada en San Diego en 1912 por su lucha por la libertad de expresión, fue encarcelada durante dos semanas en Nueva York en 1916 por proporcionar información sobre control de la natalidad. Junto con Berkman, fue la activista anarquista más conocida en el país en aquella época y ciertamente una de las más famosas radicales en general. Como tal, se vio sometida al acoso y a las amenazas violentas por parte del gobierno, de la prensa capitalista y de los individuos hostiles que siempre trae consigo el desempeño de esta función social.

Estos intensos años de activismo culminaron con la crisis cada vez más profunda de la Primera Guerra Mundial y con la decisión de los norteamericanos de intervenir en el conflicto. Tras fundar una Liga contra el Servicio Militar Obligatorio en Nueva York, que se extendió rápidamente a otras partes del país, Goldman y Berkman, junto con otros colaboradores anarquistas y liberales, organizaron una serie de mítines y campañas de publicidad que rápidamente influyeron directa o indirectamente a cientos de miles de norteamericanos, lo cual conllevó un estallido de represión gubernamental. El 15 de junio la policía americana hizo una redada en las oficinas de *Mother Earth* y *The Blast* (la revista de Berkman); Goldman y Berkman fueron detenidos por "conspiración contra el reclutamiento". Tras un proceso judicial de diez días en el que dos se encargaron elocuentemente de su propia defensa, fueron declarados culpables y condenados a dos años de cárcel y a pagar una multa de 10.000 dólares.

Para Berkman, las severas condiciones de la penitenciaría federal de Atlanta, sobre todo después de haber pasado ya catorce años en prisión, fueron un golpe a su salud del que nunca llegaría a recuperarse. Para Goldman, los veintiún meses que pasó en la cárcel, fueron una sentencia difícil pero no tan severa. Con muchas presas políticas o

apolíticas, la opresión soportada en común en la cárcel fue para Goldman el catalizador de una cálida comunicación, fueran cuales fuesen sus diferencias en el ámbito privado.

Durante su encarcelamiento, los desarrollos revolucionarios en Rusia llegaron a un punto álgido. Goldman ya se había emocionado con las noticias de la agitación política allí a comienzos de 1917. En la cárcel, su estado de ánimo se veía fortalecido con cada noticia sobre la continuidad y la extensión de la revolución. Fue en ese momento cuando ella y Berkman consideraron seriamente regresar a su Rusia natal. El 21 de diciembre de 1919 fueron deportados a Rusia por el gobierno de EEUU. Cuando pusieron pie en su tierra natal, fueron recibidos, esta vez, por el nuevo régimen revolucionario.

Tanto Goldman como Berkman llegaron llenos de entusiasmo ante la perspectiva de sumergirse directamente en un contexto totalmente revolucionario. Incluso llenos de buena voluntad respecto a los bolcheviques, Goldman y Berkman observaron a la nueva sociedad entrevistándose con muchos obreros y revolucionarios, siguiendo el día en las calles y reuniéndose con los burócratas de Moscú y San Petersburgo. Cada vez más desencantados, no quisieron sin embargo criticar abiertamente al nuevo régimen cuando este estaba todavía sometido al asedio de las fuerzas de la reacción interior y exterior. Solo cuando el gobierno soviético reprimió la insurgente comuna revolucionaria de Kronstadt durante la primavera de 1921, decidieron hacer oír su voz. Pero hacerlo públicamente significaba arriesgarse a ser enviado a la cárcel por la policía secreta, o incluso poner en peligro su vida. Tras una larga demora impuesta por las autoridades, a finales de 1921 Goldman y su camarada de toda la vida abandonaron de nuevo su tierra natal. Esta vez llevaban consigo el sabor amargo de la revolución traicionada[2].

Los quince años siguientes de exilio forzoso fueron el período más deprimente de la vida adulta de Goldman. Viviendo primero en

---

2 Para obtener más información sobre la estancia de Emma Goldman en Rusia como deportada de EEUU, se recomienda la lectura del folleto GOLDMAN, E. (1978): *Dos años en Rusia. Diez artículos publicados en* The World, Aurora (Revista quincenal).

Alemania pudo seguir de cerca la construcción de un nuevo movimiento anarquista. Pero para su frustración, solo para mantener su visado tuvo que evitar cualquier implicación directa en el mismo. Tras un año de estancia en Gran Bretaña, aceptó la generosa propuesta de matrimonio que le hizo un anciano galés, un viejo camarada anarquista admirador de Emma. Soportando todo el proceso oficial para poder adquirir la ciudadanía británica, consiguió finalmente disponer de un hogar razonablemente seguro y de un pasaporte para viajar.

Desgraciadamente, Gran Bretaña no era totalmente de su agrado, dados el clima y las circunstancias políticas de Inglaterra. Nada más llegar a Londres, comenzó una campaña de propaganda en contra del Estado soviético. En 1926 salió del país para mudarse a St. Tropez, en el sur de Francia, a una casita rural que pudieron comprarle algunos camaradas anarquistas. Berkman la llamó Bon Spirit. Allí, Emma se dedicó a escribir su autobiografía, *Living My Life* [Viviendo mi vida], e iniciaría una abundante correspondencia con sus camaradas, una correspondencia llena de impaciente energía y anhelo de EEUU. Sus carteos con Berkman la mantenían con ánimos, hasta que, en 1936, éste se suicidó tras una tediosa depresión y una larga enfermedad que arrastraba desde hacía años.

La muerte de Berkman fue para ella un duro golpe. Además de la pérdida de una de las personas más importantes de su vida, se estaba convirtiendo en una paria en el mundo occidental. Vivió en ese momento la depresión más grave de toda su vida.

Tres semanas después el 19 de julio de 1936, estalla en España la Guerra Civil, en la que Goldman vio la esperanza de una nueva oportunidad para el proletariado. Viajó a Barcelona en 1936 y durante los tres años del conflicto estuvo entre Londres y España, colaborando con la causa anarquista y la Revolución Social, mediante difusión, recaudación de fondos para las milicias y los grupos anarquistas, así como campañas de propaganda a nivel internacional. En España conoció a personalidades como Durruti o a Mujeres Libres, en cuya revista colaboró aportando numerosos textos y escritos.



Emma Goldman con milicianxs en la Guerra civil española.



Emma Goldman con Lucía Sánchez Saornil, una de las fundadoras de Mujeres Libres.

Una carta de Emma Goldman

Me produce una gran alegría, camaradas españolas, vuestra decisión de contribuir a la emancipación de las mujeres de vuestro país. He de confesaros que cuando estuve en España—en 1929—me sorprendió dolorosamente el atraso de la mujer española en general: su sumisión a la Iglesia y, en la vida privada, al hombre, sea padre, marido, compañero, hermano o hijo; su acatamiento a la imposición de dos morales distintas, una para el hombre y otra para la mujer; su esclavitud, en fin, que las reduce a sirvientes y portadoras de toneladas de hijos. Estoy entusiasmada de saber que unas camaradas españolas siguen, por fin, el camino emprendido hace tiempo por las compañeras de otros países.

Con verdadero gusto colaboraré en MUJERES LIBRES. Mientras preparo algo más orgánico, y con el deseo de que alcance a vuestro primer número, os contaré unas breves impresiones de mi reciente excursión de propaganda por Inglaterra.

Nunca he sentido predilección por Kipling; no puedo sentirla dado el significado imperialista de su obra. Pero ha dicho algunas cosas conmovedoras. Una de ellas es aquella en que alude a la tarea de los marineros y a su alegría cuando el barco está ya limpio y el día ha terminado. Yo también me siento llena de alegría, porque mi tarea del momento se ha cumplido. El trabajo ha sido verdaderamente duro. A veces me parecía insoportable, superior a mis fuerzas. Pero ahora estoy muy contenta de no haber desfallecido y haber llegado al final de la etapa.

Las últimas semanas fueron alentadoras. Por ejemplo, en mi recorrido por el País de Gales, hablé en tres centros laboristas, y me sorprendió la manera de pensar social y revolucionaria de aquellos trabajadores, que fueron a escucharme y departieron conmigo. Cuando uno piensa que aquellos centros pertenecen a marxistas ortodoxos, no puede menos de apreciar el avance de tales organizaciones, pues acudieron sólo con el deseo de oír a Emma Goldman y llegaron a interesarse por lo que oyeron. Para mí es muy satisfactorio ser la primera anarquista que ha penetrado en el «Sanctum sanctorum», en el sagrado recinto, y, lo que es más importante, que me hayan pedido otras conferencias.

Mi experiencia más interesante fué el hallazgo de un comunista que era presidente de uno de los centros y a la vez el dueño del hotel donde me hospedaba. Le debía doler mucho soportar durante hora y cuarto mi dura crítica del comunismo bolchevique; pero supo desempeñar su doble función conmigo con tan amplia comprensión y tan magnífica tolerancia, que si hubiera muchos comunistas como él, sería posible, aun para mí, trabajar con ellos. Fué para mí una esperanza.

Como veis, no debemos darnos por vencidas por nada ni por nadie. Bien sé que el avance de los humanos es muy lento, pero consigue en algunos superar sus prejuicios. Comienzan a darse cuenta de que la distancia presta encanto a las cosas. La luz deslumbradora de Rusia comienza a declinar, especialmente desde que Litvinov ha brindado por el rey de Inglaterra, y el camarada Stalin ha dicho al Gobierno francés que su deber es armarse contra su enemigo. Los comunistas inteligentes de fuera de Rusia empiezan a sentirse incómodos ante la política extranjera del dictador, y aún lo estarían más si se dieran cuenta de que en la propia Rusia se extiende de día en día, invadiéndolo y falsificándolo todo.

Antes de ir al País de Gales hablé en un círculo de «Amigos del Teatro», y también allí me encontré con la increíble sorpresa de un auditorio de casi mil personas y de que se me solicitara una nueva conferencia.

A la que di de despedida en Londres asistió un público atento e inteligente. Es decir, que comienza a romperse el hielo y es preciso seguir.

He pensado volver para quedarme allí. Pero, quizá, es ingenuo hablar de domiciliarse en parte alguna, dada la situación actual del mundo. Los políticos de Europa serán aniquilados, pues los dioses enloquecen a aquellos a quienes quieren perder, y los han enloquecido. Claro es que no me preocupa en absoluto la suerte de los políticos; pero lo terrible es que con ellos arrastrarán al mundo. Aunque parezca mentira, Francia e Inglaterra tiemblan de miedo ante Hitler y Mussolini. Y es que nada sobrecoge tanto como el éxito. Hace cuatro años Hitler era calificado como un charlatán. Hoy impone condiciones y todo el mundo se estremece cuando suena su nombre. Todo el mundo sabe que las últimas elecciones fueron hechas por unos métodos de los que hasta los «gangsters» americanos se avergonzarían; pero todo el mundo se queda ciego, sordo, mudo y sobrecogido ante el falso poder de los dictadores.

En estas circunstancias repito que es ocioso hacer planes de vida y de actividad; pero resulta insoportable la vida sin hacer planes siempre, siempre, siempre...

Niza, abril 1936.

3

Carta de Emma Goldman a Mujeres Libres, publicada en el número 1 de la revista (1936).

El 8 de abril de 1939 embarcó para Canadá. Allí se dedicó a juntar dinero para los refugiados españoles en Francia y a dar a conocer el estado de la situación de la dictadura de Franco. Además, celebró ampliamente su cumpleaños número setenta y sus cincuenta años de actividad en el movimiento anarquista, con eventos que estimularan las donaciones a la causa española. Encontrándose allí, estalló la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. Emma comenzó una campaña antimilitarista, pero no tuvo éxito, mientras que el conflicto español quedó en segundo plano.

El 17 de febrero de 1940 sufrió una fuerte hemorragia cerebral y fue hospitalizada. Quedó con el lado derecho de su cuerpo paralizado, por lo que no podía hablar ni masticar los alimentos, además de que su capacidad visual había disminuido considerablemente. El 1 de abril la trasladaron a su casa al cuidado de una enfermera y los primeros días de mayo sufrió un segundo derrame cerebral, del que no logró recuperarse.

Murió el 14 de mayo de 1940. El departamento de Inmigración de Estados Unidos hizo posible que se cumpliera el último sueño de Emma Goldman: ser enterrada en el cementerio de Waldheim de Chicago, donde permanecen los cuerpos de los mártires de Chicago desde 1887. Emma había prometido consagrar su vida entera a la obra por la que habían caído aquellos héroes. Cumplió con creces su promesa. Muerta, quería estar lo más cerca posible de aquellos queridos restos.

El sufragio femenino

Por Emma Goldman

(1910)[3]



Nos jactamos de pertenecer al siglo de las luces de los grandes descubrimientos, del adelanto portentoso de la ciencia y de un progreso extraordinario en todos los órdenes de la actividad humana. ¿No es extraño que sigamos comulgando en el culto de los fetiches? La verdad, nuestros

[3] Palabras de Emma Goldman sobre el sufragio femenino, extraídas de GOLDMAN, E. (2017): El sufragio femenino, «*Feminismo y Anarquismo*» *de Emma Goldman*. Enclave de libros. España.

fetiches de ahora cambiaron de forma y sustancia, pero el influjo que ejercen en la mente humana continúa siendo tan desastroso como el de los antiguos.

Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio. Y lo es para aquellos que apenas terminaron de combatir en las revoluciones sangrientas que lo instauró, como lo es para aquellos que disfrutaron su reinado llevando su penoso sacrificio al altar de sus omnipotentes dietas. ¡Guay del hereje que ose disentir con esa divinidad!

Las mujeres, aún más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante ese dios con pies de arcilla. De ahí que desde tiempo inmemorial el sexo femenino haya sido el más grande sostenedor de todo género de deidades. De ahí, también, que tuviera que pagar un precio que sólo los dioses exigen, que fue su libertad, sus sentimientos, su vida entera.

La memorable máxima de Nietzsche: cuando vayas con mujeres provéete de un látigo, aunque se la considere demasiado brutal, resulta muy justa para ellas en su actitud hacia sus dioses.

La religión, especialmente la cristiana, la condenó a una vida de inferioridad, a la esclavitud. Torció su íntima naturaleza, sus instintos más sanos, reprimió los impulsos de su alma; sin embargo, la Iglesia no posee un sostén más firme que la devoción de la mujer. Se puede decir, sin temor de ser desmentidos, que la religión habría cesado de existir hace mucho tiempo como un factor preponderante en la vida de las personas, si no fuera por el continuo apoyo que recibe de las mujeres. Las más fervientes devotas, que llenan las iglesias, son mujeres; los más incansables misioneros que viajan por todo el

mundo, son mujeres; mujeres que siempre continúan sacrificándose en el altar de los dioses, que encadenaron su espíritu y esclavizaron su cuerpo.

La guerra, el insaciable monstruo, le roba a ella todo lo que es más querido y precioso. Le arranca sus hermanos, sus novios, sus hijos y en pago la sume en la soledad y en la desesperación. Sin embargo, el apoyo más sólido que posee el culto de la guerra procede de la mujer. Ella es la que a sus hijos inspira el anhelo de la conquista y del poder; ella susurra en los oídos de sus pequeñuelos la gloria de la guerra, y cuando mece la cuna del bebé, le duerme musitándole cantos marciales, en los que suenan los clarines y rugen los cañones. Es la mujer la que corona a los victoriosos que regresan de los campos de batalla. Sí, es la mujer la que paga el más alto precio al monstruo insaciable de la guerra.

Llega su turno al hogar. ¡Qué terrible fetiche es! De qué manera va royendo las energías más vitales de la mujer, dentro de esa moderna prisión con barrotes de oro. Los rayos deslumbrantes que despide ciegan a la mujer que ha de obrar el duro precio de esposa, de madre y de ama de casa. Asimismo se aferra tenazmente al hogar, esa poderosa institución que la mantiene en la esclavitud.

Puede decirse que la mujer, reconociendo cuán dócil y deleznable instrumento es para el Estado y la Iglesia, necesita del sufragio que ha de liberarla. Esto puede ser cierto para una pequeña minoría; mas la mayoría de las sufragistas repudian esta sensata tendencia como algo sacrílego. Al contrario, insisten que al concedérsele el sufragio a la mujer, ella logrará ser una más perfecta cristiana, ama de casa y mejor ciudadana. De este modo el sufragio no es más que un medio para fortalecer la omnipotencia de todos esos dioses que adoró y sirvió desde tiempo inmemorial.

Entonces ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fue, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio? Desde la antigüedad soporta persecuciones, encarcelamientos, torturas y toda forma de sufrimientos con la sonrisa que le ilumina el rostro. Desde la antigüedad espera también con el corazón ligero, el eterno milagro de la deidad del siglo XIX, el sufragio. Una nueva vida, dicha, goces, alegrías, libertad e independencia personal, todo eso y más tiene la esperanza que surja del sufragio, como por escotillón. En su ciega devoción, no ve lo que percibieron hace cincuenta años otros intelectos: que el sufragio es un grandísimo daño que cooperó en la esclavización del pueblo; mas ella astutamente cierra los ojos ante la evidencia, en el deseo que su ilusión no se disuelva en el aire.

El sufragio, en igualdad de condiciones para la mujer y el hombre, se basa en la idea fundamental que ella debe tener el mismo derecho que su compañero a participar en los asuntos de la sociedad. No es posible que se pueda rehusarle esa justa participación en la vida societaria, aunque el sufragio fuera una práctica sana y justiciera. Mas la ignorancia de la mente humana está compuesta para ver un derecho, una libertad, donde no hay más que una imposición. ¿No significa acaso una de las más brutales imposiciones esto que un grupo de personas conciban y confeccionen leyes para obligar con la fuerza y la violencia a que otras las acaten y obedezcan? Y todavía la mujer clama por esa única oportunidad, que trajo tanta miseria al mundo, que le hurtó al hombre su integridad y la confianza en sí mismo; una imposición que corrompió totalmente al pueblo, convirtiéndolo en fácil presa en las manos de políticos sin escrúpulos y venales.

¡El pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morirse de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y

del campo; él disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies. La recompensa que recibe se reduce a una labor agotadora, leyes prohibiendo con graves penas el derecho del boicot, de atacar a los rompehuelgas, en efecto, todo, casi todo, menos salvaguardar su sacrosanto derecho a fin de que no le roben el fruto de su trabajo. Y asimismo nada le enseñaron a la mujer los desastrosos resultados de este fetiche del siglo XIX. Es que se nos asegura que si ella entra en la liza, purificará la política.

Innecesario sería decir que no me opongo al sufragio femenino; en el sentido convencional de la idea pura, debería ejercerlo. Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre. Mas esto no me ciega hasta llegar a la absurda noción que la mujer ha de llevar a cabo cosas en las que el hombre fracasó. Si ella no las hará peor, tampoco las hará mejor.

Presumir que ella logrará purificar lo que no es susceptible de purificación, es adjudicarle poderes sobrenaturales que nunca tuvo. Desde que su más grande desgracia fue que se la considerase un ángel o un demonio, su verdadera salvación se halla en que se le otorgue un razonable sitio en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano y por ende sujeta a cometer los yerros y las locuras propios de la condición humana. ¿Podremos entonces creer que dos errores se convertirán porque sí en dos cosas justas, sensatas? Las más ardientes partidarias del sufragio femenino, ¿serán capaces de asentir con semejante locura?

De hecho los intelectuales más avanzados que trataron la cuestión del sufragio universal llegaron a la conclusión que el actual sistema político es absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes

exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna. Este punto de vista lo comparte una gran convencida de las bondades del sufragio femenino, Dra. Helen I. Summer. En su valioso trabajo Equal Suffrage, dice: En Colorado pude darme cuenta muy bien que la igualdad del voto femenino y masculino, ha servido solamente para demostrar del modo más contundente la esencial podredumbre del actual sistema y la degradación que él significa. Naturalmente la doctora Summer, al hablar así, subentiende un particular sistema de votaciones, pero con igual acierto lo dicho se aplica a la entera maquinaria política. Con semejante base es difícil comprender de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad.

Pero las devotas del sufragio nos dicen: Contemplen y observen en los países y en los Estados en donde el sufragio femenino existe. Comprueben lo que las mujeres realizaron en Australia, en Nva. Zelandia, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros mismos Estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah. La distancia añade encantos desconocidos, para citar el dicho polaco: nos hallamos muy bien donde nunca estuvimos. De ahí que se quiera presumir que en esos países y Estados, totalmente diferentes de los otros, poseen la más grande libertad, una grande igualdad económica y social, una noble apreciación de la vida, una bondadosa comprensión de la encarnizada lucha económica y en todo lo que atañe a las cuestiones vitales de la raza humana.

Las mujeres en Australia y en Nueva Zelandia pueden votar y colaborar en la confección de las leyes. ¿Las condiciones de los trabajadores en general son mejores que las de Inglaterra, donde las sufragistas desarrollan una heroica lucha? ¿Existe una libre maternidad más dichosa en la concepción de sus hijos que en Inglaterra? ¿No se sigue considerando a la

mujer como un mero objeto de placer o de comodidad sexual? ¿Se emancipó ella de la moral puritana que igualmente afecta a ambos sexos? Ciertamente que no, pero la mujer política ha de responder afirmativamente, que sí, que todo se consiguió ya. Si esto fuese así, aun me parecería ridículo señalar a Australia y Nueva Zelandia como La Meca de las hazañas de la igualdad de sufragio.

Por otra parte, quienes conocen a fondo las condiciones políticas de Australia, afirman que los políticos amordazaron a los trabajadores con leyes tan restrictivas que si se declara una huelga sin el permiso legal de una comisión de arbitraje, este acto es considerado como un crimen de alta traición.

Ni por un momento pienso implicar al sufragio femenino como responsable por este estado de cosas. Lo que deseo indicar es que no hay razón para destacar a Australia como una obra maestra, fruto de las actividades femeninas, desde que con su influencia fue incapaz de libertar a los trabajadores de la esclavitud de la política patronal.

Finlandia le otorgó a las mujeres el derecho del voto, y también el de sentarse en el Parlamento. ¿Esto le valió para desarrollar entre sus mujeres un más grande heroísmo, un sentimiento más intenso por la libertad que en las de Rusia? Finlandia, así como Rusia, estuvo bajo el sangriento látigo del zar. ¿Dónde existen las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Breshskovskalas? ¿Dónde las innumerables muchachas finlandesas, como las rusas, quienes marchaban alegremente a Siberia en defensa de sus ideas? Finlandia tuvo una escasez penosa de libertadores heroicos. ¿El voto puede crearlos? El único finlandés vengador de su pueblo fue un hombre, no una mujer, y para el caso empleó un arma más eficaz que el voto.

Por parte de nuestros Estados, donde las mujeres votan, y a los que constantemente se los señaló como lugares de maravillas, ¿qué cosa se realizó con la ayuda del voto de la mujer que los otros Estados no tengan y gocen ampliamente, o que no se haya podido acometer mediante esfuerzos enérgicos, sin que el voto mediara para nada?

Si es verdad que en los Estados en que fue instaurado el sufragio femenino, la mujer participa de los mismos derechos del hombre sobre la propiedad, ¿de qué le vale esto a la masa de mujeres sin propiedad, a los millares de asalariadas, quienes viven al día? La igualdad en el voto no afectó sus condiciones; esto también lo admite la Dra. Summer, capacitada para conocer lo que allí sucede. Siendo una convencida sufragista, fue enviada al Colorado por el Collegiate Equal Suffrage league of New York para realizar una serie de encuestas e investigaciones, recogiendo datos en favor del sufragio femenino. Ella será, pues, la última persona que diga algo en contra de su propio credo; y asimismo nos informa que la igualdad del sufragio alteró ligeramente las condiciones económicas de la mujer. Esta no recibe una paga adecuada a su trabajo; aunque en el Colorado el derecho de votar lo adquirió desde 1876, las maestras reciben un salario menor al de sus colegas de California. Por otra parte, la Srta. Summer nos hace notar el hecho de que habiendo la mujer ejercido el simple derecho del voto durante 34 años, y que desde 1894 se haya instaurado el sufragio en igualdad de condiciones para los puestos femeninos electivos, un censo realizado hace pocos meses, solamente en Denver descubrió 15,000 niños defectuosos físicamente en edad escolar. Ello con la agravante que en el Departamento de Educación había algunas mujeres desempeñando altas funciones, y también que el elemento femenino hizo votar leyes severas para la protección de los niños y los animales. Además, ellas tomaron el más grande interés por las instituciones del Estado, las cuales tratan de recoger los niños vagabundos, los defectuosos y los

delincuentes. ¿Qué queda de la fama gloriosa del sufragio femenino si fracasó en su cometido más importante, el niño? ¿Y qué le resta de una más noble idea de la justicia, para que lleve a la niñez en la esfera de la política? Y en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una verdadera guerrilla contra los mineros de la Western Miners Union; cuando el general Bell implantó el reinado del terror, arrancando del lecho a los trabajadores, apaleándolos por las calles, masacrando a varios, arrojando a otros en los calabozos, declarando: al infierno la Constitución, al fuego con ella, ¿dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de sus votos? Sí, ellas lo emplearon. Ayudaron así a derrotar al gobernador Waite, un hombre de principios y de amplias miras liberales. Tuvo que cederle el sitio al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo de los trabajadores, el zar del Colorado. Ciertamente, el sufragio masculino no habría hecho otra cosa. Claro que no. ¿Dónde están entonces las ventajas para la mujer y la sociedad, derivadas del sufragio femenino? La repetida afirmación que ella purificará la política no es más que un mito. Es el concepto que se deduce por las personas que estudiaron las condiciones políticas de Idaho, Wyoming, Colorado y Utah.

La mujer, esencialmente una puritana en lo moral, es naturalmente santurrona, siendo por eso incansable en su esfuerzo de convertir a los otros en buenas criaturas, como ella piensa que deben ser. De ahí que en Idaho, ella se apartó de su hermana de la calle, de reputación dudosa y la declaró inepta para votar. Eso de lo dudoso, no ha de comprenderse por la prostitución en el matrimonio. No hay necesidad de decir que la prostitución ilegal y el juego de azar son actividades severamente prohibidas. Respecto a las leyes, deberían pertenecer al gramatical género femenino: todo es prohibido. Por lo demás, las leyes son maravillosas. No necesitan extenderse mucho sin que su espíritu se abra a todas las plagas del infierno. La prostitución y los

juegos de azar nunca florecieron allí con más exhuberancia como ahora que tienen las leyes en su contra.

En Colorado el puritanismo de las mujeres se manifestó en una forma drástica: Los hombres de existencia notoriamente viciosa y en relación con los lugares de corrupción, desaparecieron desde que la mujer adquirió el derecho de votar (Œqual suffrage, Dra. Helen Summer). ¿Pudo el hermano Comstock portarse tan bien? ¿Pueden los padres puritanos hacer más? No sé si muchas de ellas han de comprender la gravedad que encierra este paso en falso. No sé si querrán comprender este hecho, que en vez de elevar a la mujer, la convirtieron en una espía política, una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no tanto por servir la causa, sino como decía una de ellas: les gusta ir a las casas desconocidas y husmear todo lo que ven, escuchar todo lo que oyen, tratándose de política o de otras cosas. (Œqual Suffrage). Sí; hasta fisgonear dentro del alma humana en todos sus más escondidos rincones. ¿Y cuándo pudieron disfrutar de tan excelentes oportunidades, sino ahora que se metieron en la política?

Hombres notorios por sus existencias viciosas, relacionados con los sitios de corrupción. Ciertamente, esa mujer que desea reunir muchos votos no puede ser acusada de falta de sentido. ¿Afirmando desde ya que estas movimentadas corporaciones pueden decidir entre lo que es vicio o virtud, o proponer cuáles son las vidas limpias para un ambiente eminentemente limpio, acaso los políticos no deberán seguir a esos regentes de lugares de corrupción, no entran ellos en la misma categoría?

A menos que lo niegue la americana hipocresía, puesta de manifiesto en la ley de prohibición, cuyas sanciones no hicieron más que extender el vicio de la embriaguez entre las clases ricas, mientras vigila el único sitio donde

beben los pobres. Si no fuera que por esta sola razón, o sea su estrechez puritana hacia la vida, debe considerarse como uno de los más grandes peligros al dejarle en sus manos el poder político. El hombre se halla atiborrado de prejuicios y todavía la mujer se está engolfando más en ellos. Aquel, en el reñido campo económico, se ve obligado a desplegar todas sus capacidades intelectuales y físicas. De modo que no le queda tiempo ni humor para medir la moralidad de su vecino con el metro puritano. En sus actividades políticas tampoco se conduce ciegamente. Comprende que es la cantidad, no la calidad, lo que se necesita para hacer mover las muelas de los molinos políticos, y a menos que no sea un reformista sentimentaloide o un fósil, sabe muy bien que los políticos no pueden representar otro conglomerado que el de una ciénaga pestilencial.

Las mujeres, quienes se hallan más o menos enteradas acerca del proceder de los políticos, conocen la naturaleza de la bestia; pero, por su vanidosa suficiencia y por su egotismo, creen que bastan sus caricias para que este animal se vuelva un corderito, todo gentileza, dulzura y pureza. ¡Como si las mujeres no fuesen capaces de vender sus votos y como si las mujeres políticas no fuesen capaces de comprarlos! Si su cuerpo se puede adquirir mediante una recompensa material, ¿por qué no el voto? y esto es lo que está sucediendo en Colorado, así como en otros Estados, sin que el hecho pueda ser refutado por esas mismas mujeres que se hallan en favor del sufragio.

Como hiciera constar antes, su punto de vista tan estrecho sobre los principales asuntos de la vida, no es el solo argumento que la inhabilita para creerse superior al hombre en la faz política. Hay otros. Su larga existencia económicamente parasitaria borró completamente de su conciencia el concepto de la igualdad. Exige iguales derechos que el hombre, más sabemos que muy raras mujeres feministas tratan de propagar sus ideas en los distritos poco

atrayentes (Dra. Helen A. Sommer). ¡Qué mezquina igualdad es ésta, comparada con la de la mujer rusa, quien posee en alto grado el valor de afrontar las penas del infierno por su ideal!

La mujer pide iguales derechos que el hombre, y asimismo se indigna si con su sola presencia no puede herirlo de muerte: porque fuma, no se descubre ante ella y no le cede el asiento instantáneamente, como impulsado por un resorte. Se considerarán estas cosas muy triviales, sin embargo, para la verdadera naturaleza de las sufragistas norteamericanas, es algo capital. Sin duda alguna que sus hermanas las inglesas se hallan por encima de estas estupideces. Ellas han demostrado encontrarse a la misma altura en lo que piden y en la voluntad heroica para sostenerlo. Todo el honor al heroísmo y a la testaruda fuerza de las suffragettes.

Gracias a sus enérgicos y agresivos métodos le insuflaron un poco más de vitalidad ciertas señoras norteamericanas demasiado blandas de carácter y pobres de espíritu. Pero después de todo, también las suffragettes carecen de un concepto claro de lo que es verdaderamente la idea de igualdad. ¿No lo comprueba ese tremendo, gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán a un grupo de mujeres propietarias, sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadores? Ciertamente, desde su punto de vista político deben ser forzosamente oportunistas, aceptar por lo pronto lo menos, la conquista transitoria, por no perderlo todo. Mas como mujeres inteligentes y liberales, deberán comprender que si el voto es un arma temporal, las desheredadas lo necesitan mucho más que las de una clase económicamente superior, quienes desde ya disfrutan de un poder más grande en virtud de su privilegiada situación económica.

La brillante adalid de las suffragettes inglesas, Sra. Emmeline Pankhurst, no tuvo a menos de admitir, en una conferencia pronunciada en Norteamérica, que en política hay también la división de las clases en inferiores y superiores. Si es así, las mujeres trabajadoras de Inglaterra ¿qué actitud adoptarán al cobrar fuerza de ley el proyecto Shackleton[1]*, que solamente beneficiará a las de una situación económica superior? ¿Seguirán aquéllas trabajando de común acuerdo con sus superiores? No es muy probable que las del tipo Annie Keeney, -tan llena de entusiasmo, de convicción, capaz de realizar los mayores sacrificios por su causa-, se avengan a cargar con las mujeres de sus patronos, así como las cargan ya en la faz económica. Y esas clases dominantes tratarán que siempre sea así, aunque el sufragio universal igual para mujeres y hombres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores en el presente régimen, siempre serán ellos los que habrán de pagarlo todo.*

Mas los que aún creen en el poder del voto, demuestran bastante pequeñez espiritual al querer acapararse poder para ellos solos, sin ninguna consideración para los que lo necesitan mucho más. El sufragio en los Estados Unidos hasta ahora no ha sido más que una cosa aparte, absolutamente alejada de las necesidades económicas del pueblo. Por eso, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, no sólo se demostró indiferente a la precaria situación de los trabajadores, sino que no vaciló en exhibir su manifiesto antagonismo, cuando en 1869 aconsejó a las mujeres que ocupasen los lugares de los tipógrafos en huelga (Equal suffrage, Ora. H. A. Summer). No sé si su actitud mental pudo cambiar antes de su muerte.

Aquí hay, como es natural, algunas sufragistas afiliadas con las obreras de Women's Trade Union League; pero son una pequeña minoría y sus actividades son esencialmente económicas. Las demás contemplan al

proletariado que pena con sus herramientas -constructoras de la dicha ajena- con el mismo olímpico despego que hace la sublime providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por el trabajo de los pobres? ¿En qué se convertirían esas parásitas señoras, que derrochan en una semana lo que sus víctimas ganan en un año? ¿Igualdad? ¿Quién oyó semejante cosa?

Pocos países han producido un tan arrogante esnobismo como Norteamérica. Esto se aplica particularmente a la mujer de la clase media. No solamente se considera igual al hombre, sino superior en pureza, bondad y moralidad. No hay que asombrarse entonces que las sufragistas otorguen al voto femenino el más grande poder milagroso. En su exaltada soberbia no se da cuenta de qué modo se halla esclavizada, no sólo por el hombre, sino por sus estúpidas nociones sobre la tradición. El sufragio en nada podrá remediar este caso doloroso; más bien podrá acentuarlo, como ya está haciéndolo.

Una de las más grandes líder de los ideales feministas decía que no sólo la mujer tenía derecho a igual salario al del hombre, sino que también le pertenecía el salario del marido. Este, al dejar de sostenerla económicamente sería condenado por la ley a cierto tiempo de prisión, y lo que ganara en la cárcel debería ir a las manos de su esposa. ¿No es éste otro de los brillantes exponentes de cómo el voto femenino entiende suprimir los males sociales, los que han sido combatidos en vano por el esfuerzo colectivo de las mentalidades más ilustradas del mundo? ¿No es lamentable que el supuesto creador del universo nos haya presentado este admirable y maravilloso orden de cosas y que asimismo el voto femenino en manos de la mujer no pueda subvertirlo? Nada es más peligroso que la disección de los fetiches. Si nosotros hubiésemos vivido en la época en que semejantes herejías eran castigadas con la hoguera, no nos habríamos salvado de aquellos cuya estrechez mental quisiera condenar a muerte a quien disienta con sus ideas y las nociones preestablecidas. Por lo

pronto, se me ha de presentar como enemiga del movimiento feminista y de la mujer en general. Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore. ¿Y si no puede enderezar los errores de los hombres, por qué contribuir a perpetrarlos?

La historia puede ser muy bien una compilación de mentiras; no obstante, algunas verdades contiene, y éstas son la sola guía para el futuro. La historia de las luchas políticas llevadas a cabo por el hombre nos demuestra que nada le benefició sin que le costara largos o graves quebrantos. En una palabra, cada pulgada de tierra conquistada, le valió un constante combate, una incesante brega para afianzar sus derechos, y no fue logrado esto mediante el sufragio. No hay, pues, razón para creer que la mujer, si quiere escalar las vallas de su propia emancipación, deberá ser ayudada por el voto político.

En los más sombríos países, Rusia, con su absoluto despotismo, la mujer llegó a ser igual al hombre, no a través del voto y si por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto, la admiración del mundo entero. Y esto no fue por el sufragio y si por su heroísmo, su fortaleza, su industriosidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad. ¿En qué país las mujeres que ejercen el derecho del sufragio pueden reclamar para sí semejante victoria? Cuando consideramos lo que la mujer norteamericana emprendió y realizó hasta ahora, encontramos que se necesita algo mucho más poderoso y profundo que el sufragio para que ella obtenga su emancipación.

Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de Seneca Falls presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a varias profesiones, oficios, etc. ¡Qué triunfo, que empresa más magna fue esta! ¿Quién se atreve a decir que la mujer es un trasto bueno sólo para los trabajos domésticos? ¿Quién podrá incurrir en la tontería de sugerir que una u otra profesión no es adecuada a ella porque carece de capacidad para desempeñarla? Durante 62 años se amoldó a esta nueva atmósfera, que significa una nueva vida para ella. Y todo ello sin sufragio, sin el derecho de fabricar leyes, sin el privilegio de llegar a ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, muy bien puedo ser considerada una enemiga de la mujer; pero si puedo conducirla por un camino en donde la ilumine la luz de la razón, no he de lamentarme.

La gran desventura de la mujer no estriba tanto en su inadaptabilidad para desempeñar cualquier trabajo masculino, sino en que fue desgastando todas sus fuerzas durante una vida entera, asistida, asesorada por una tradición ancestral y centenaria que la incapacitó físicamente para concertar la paz con su compañero de ruta, el hombre. Lo que importa no es el género de trabajo que emprenda, sino la calidad del trabajo que produzca. En ese sentido el sufragio ni añadirá ni quitará esa cualidad intrínseca. El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la

sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza.

Solamente esto, y no el voto político, habrá de libertar a la mujer, convirtiéndola en una fuerza aún desconocida para el mundo; en una lúcida y poderosa fuerza para el verdadero amor, para la verdadera paz, para la verdadera armonía; fuerza de divino fuego, creadora de vida, del hombre y de la mujer libres.

Emma Goldman



La libertad no descenderá al pueblo, el pueblo debe alzarse a la libertad.

Para finalizar...

Conseguido el sufragio e instaurados los Estados de Bienestar en toda Europa tras la Segunda Guerra Mundial, el feminismo institucional evolucionó, materializándose progresivamente en postulados jurídicos, normas nacionales e internacionales y políticas públicas destinadas a fomentar la igualdad entre mujeres y hombres. Sin embargo, todas ellas, así como el feminismo institucional que las crea y las potencia, continúan constituyendo el mismo fetiche del que Emma Goldman habló con el voto, ya que el feminismo institucional arrebata a la lucha de las mujeres todo su potencial revolucionario y transformador, para convertirla en una herramienta más de los gobiernos para su perpetuación. A las mujeres y al resto de seres humanos se nos conceden derechos que pueden mejorar nuestra situación en este sistema, mediante nuestra integración en las dinámicas de poder. Sin embargo, es necesario destruir el poder para emanciparnos. De este modo, las mujeres no alcanzarán su emancipación mediante su irrupción en el mismo poder que genera y perpetúa su subordinación, sino mediante una lucha radical que lo haga desaparecer para dar lugar a nuevas formas de organización social y económica de los seres humanos, lo más libres posibles de las dinámicas de poder que hoy cimientan nuestras sociedades. Suscribimos las palabras de la anarquista Peggy Kornegger (1975), que recogen, de forma clara y sintetizada, la reflexión que hemos pretendido mostrar en este fanzine:

Si queremos «hacer caer» el patriarcado, necesitamos hablar de anarquismo para saber qué significa exactamente y usarlo como plataforma para transformarnos a nosotras mismas y a las estructuras de nuestra vida cotidiana. Feminismo no significa poder empresarial femenino ni una mujer presidenta; significa ausencia de poder empresarial y ausencia de presidentes. Las Enmiendas para la Igualdad de Derecho, no transforman la sociedad, sólo les dan a las mujeres el «derecho» de ingresar a una economía jerárquica. Desafiar el sexismo significa desafiar toda jerarquía económica, política y personal; en otras palabras significa una revolución anarco-feminista.